

PRÓLOGO

Homo Terreus constituye una esperanza desesperada. No temamos el oxímoron. Acaso resulte la manera más conveniente de expresar el espíritu del libro que traemos en las manos. Éste denuncia un hecho completamente anómalo, a saber, la deshumanización del propio ser humano. Tal cosa resulta contradictoria. ¿De quién sino del humano cabría esperar humanidad? Pues, bien, ocurre que el autor efectúa denodados esfuerzos por hacernos ver que los humanos dejaron hace mucho de ser humanos. La humanidad, por paradójico que suene, ha pasado a ser patrimonio de entidades no humanas. Así, aprendiendo de lo que no somos volveremos a ser lo que somos. A tal nivel llega nuestra desnaturalización.

El texto nos invita a escuchar la voz de un profeta. Los discursos que lo componen habrían sido redactados por un eremita de regiones ignotas. Es una especie de Zarathustra de la Micronesia o la Polinesia, quien, al igual que el personaje nietzscheano, cuestiona con amargura y angustia el devenir del occidente moderno. Pero aquí no todo se reduce a una filosofía a martillazos. La idea de que otro mundo es posible motiva la crítica expuesta en estas páginas. Pues, de no haber solución a nuestro problema, resultaría irracional quejarse de éste. Todo quedaría en un simple lamento y en promover la resignación. Es decir, en puro y llano nihilismo. La queja de Sánchez busca, por lo contrario, hacernos despertar y cambiar de rumbo. Como se verá, estos discursos tienen pretensiones de alcance civilizatorio y en ello consiste precisamente su mérito y valor.

El problema radica en el Estado, la Iglesia y la Escuela. Estos son los “desnaturalizadores de la realidad.” Todos ellos, antes que de verdades, nos nutren de reglas y deberes. Su fin no es llevarnos a la plenitud humana. Lo que quieren hacer de nosotros es un buen rebaño. A eso le llaman paz social. No nos ofrecen estímulos para el empleo de nuestra propia razón. Antes bien, nos disuaden de ello remitiéndonos una y otra vez a la doctrina y usos de la autoridad. Nada cercano a una conciencia ilustrada. El proceso de socialización por el cual nos conduce la Iglesia y la Escuela acaba con nuestras individualidades y estigmatiza la originalidad. Se prefiere el estándar. Los aparatos ideológicos del Estado reproducen la alienación de clase y nos instan a conformarnos con pequeños placeres y expectativas limitadas. Acusan de ilusos y utópicos a quienes proyectan otro orden de cosas. Desestiman todo aquello que no se ciña a su patrón.

El Estado moderno es un estado-nación. Nuestro autor, en este sentido, sindicaba al nacionalismo como uno de los males de la modernidad. Exclama: “Verde y azul es la tierra, pero vosotros, ¡oh ilusos pueblos!, la habéis pintarrajeado y dividido, ¡y así habéis hecho de ella vuestro circo de la muerte!” (p. 37) La guerra tiene como origen el afán de las naciones por su seguridad. En efecto, el negocio de la paz es también el negocio de la guerra. El Estado mismo se privaría de justificación de declararse antibélico, pues legitima su existencia en tanto garante de la defensa. ‘Políticas de defensa’ no sería sino un eufemismo de ‘Políticas de guerra.’ Y, claro, el Estado no se mueve por sí solo. Requiere de una clase de hombres en particular – al menos esto nos hacen creer. Aquí, la referencia es a la clase política, cuyo trabajo consiste en convencer a los demás que necesitan de ellos. Sánchez muestra a estos demagogos en toda su miseria. Su desencanto del estado-nación y de los políticos es total. Prefiere optar por una suerte de

cosmopolitismo. Que cada quien se considere un apátrida. Que se haga ciudadano de la tierra y no vaya por el mundo enemistándose con otros por tener costumbres distintas a las suyas o haber nacido en un lugar diferente. Nos pide ser verdaderamente humanos y no simples miembros de una nación.

Debemos volver a la naturaleza. Encontraremos allí el verdadero sentido de la humanidad, el norte que se ha perdido. Urge que nos veamos como parte de ese todo y que experimentemos aflicción por la crisis medioambiental contemporánea. Homo Terreus nos empuja a estas reflexiones, pero, sobre todo, al compromiso y la acción.

Considero digno de encomio el esfuerzo en la redacción de una obra de contenidos tan sustanciales para nuestro contexto. Preocupaciones de esta índole y la necesidad de exponerlas dan cuenta de un carácter sumamente noble.

David Villena Saldaña